

Vicente Leñero

Un creyente de la palabra y la búsqueda

Silvia Molina

A principios de diciembre falleció uno de los autores mexicanos centrales del siglo xx: Vicente Leñero, quien animó las páginas de esta revista con su columna “Lo que sea de cada quien”. Su aportación a los campos de la novela, la dramaturgia, el periodismo y el cine le otorgaron una estatura literaria que, sin embargo, no siempre fue apreciada de manera unánime en la república intelectual, como señalan Silvia Molina y Fernando de Ita.

Era el sexenio de Miguel de la Madrid, a mediados de los ochenta. Ya Díaz Serrano y Durazo dormían en la cárcel, nos despertábamos del terremoto y comenzaban a llegar los refugiados guatemaltecos a Chiapas. Rodolfo Neri había viajado al espacio y, en otra órbita, Paz y Sabines aterrizaban de sus sendos homenajes nacionales. Cristina Pacheco había recibido el Premio Nacional de Periodismo, mientras Eugenia León se llevaba el OTI, y hacía poco tiempo habían muerto Manuel Buendía, Francisco Martínez de la Vega y Jesús Reyes Heróles. Por esas fechas, Marco Antonio Campos, director de Literatura de Difusión Cultural de la UNAM, y Saúl Juárez, a la cabeza del Instituto de Cultura de Michoacán, organizaban en Morelia los primeros encuentros internacionales de narrativa adonde llegaron Onelio Jorge

Cardoso, Rubén Bareiro Saguier, Lizandro Chávez y Nélida Piñón. Allí fue donde muchos de nosotros conocimos a Vicente Leñero: alto, delgado, de patillotas blancas, narigón, las manos y las pestañas largas y los dientes chuequitos, con la mirada aguda, pero sobre todo y ante todo como un igual que no hubiera escrito *Los albañiles*, la difícil *Estudio Q*, *A fuerza de palabras*, *El garabato*, *Redil de ovejas*, *Los periodistas*, *El Evangelio de Lucas Gavilán...*, o su teatro documental, o *La mudanza*, *Alicia tal vez*, *La visita del ángel...* porque era un escritor, guionista de televisión —*Las momias de Guanajuato*— y de cine, desde entonces para Fons y Ripstein —*Magnicidio*, *Los albañiles*, *Cadena perpetua* y *El callejón de los milagros*—, dramaturgo y periodista —el de *Claudia*, el de *Revista de Revistas*, el de *Proce-*

so— que no se pavoneaba entre los jóvenes a pesar de su larga carrera. Vicente era un hombre con la actitud del que sigue haciéndose cada día, a fuerza de escribir como si comenzara cada vez desde cero. Se apiadaba de nosotros por lo que nos faltaba por recorrer y aprender, y porque había vivido en carne propia la desesperación que sufríamos: las múltiples chambas que nos impedían dedicarnos de tiempo completo a la literatura; pero ni él lo hacía en ese momento: le daba a *Proceso* muchas horas.

Leñero se sentaba a nuestra mesa o caminaba entre nosotros por la ciudad escuchando necedades y comentarios sobre nuestras lecturas; a veces lo divertíamos, otras lo dejábamos azorado por nuestro atrevimiento. Y cuando le preguntábamos sobre su empeño en desmentir las verdades oficiales en su dramaturgia y su periodismo, por su voluntad de exhibirlas, por su vocación documental, por su duro rigor al escarbar en las contradicciones del ser humano en sus novelas, el entusiasmo y el Etiqueta Negra hacían que un mechón de pelo lacio y entrecano le cayera sobre la frente. Así supimos de su interés en el *nouveau roman* y de su devoción por Greene; pero ante todo, entendimos que Leñero era un luchador incansable, un combatiente que salía a la pelea diaria contra la página en blanco para que no se fuera a derrumbar el edificio literario, dramático y periodístico que estaba construyendo con su sello, su marca de agua, su huella digital, su corazón atrevido.

Con el cuaderno en la mano y la chamarra de piel adonde fuera, lo escuchábamos dialogar con Hernán Lara Zavala sobre la literatura americana que tanto le había regalado a nuestra generación: de Faulkner, el solitario, desdeñoso de los grupos como Leñero y el maravilloso Fitzgerald de *Tierna es la noche* y *El gran Gatsby*, hasta el Salinger de *El cazador oculto* o el crudo Capote de *Desayuno en Tiffány's...* Con David Martín del Campo y la inolvidable Hada Madrina, como bautizamos a María Elvira Bermúdez, hablaba sobre literatura policiaca y novela negra. No eran nada más Hammett y Chandler, o la Christie o la Highsmith sino sus admirados Mauriac, Bernanos, Bloy, que tanto nos decían sobre la temática religiosa y policiaca del mismo Vicente. Y nos alegaba como un hermano que trata de convencer a otro hermano, no desde la voz autoritaria del maestro, que lo importante, carajo, es la forma, la estructura, que había que buscar la forma y la estructura, de veras, palabra.

Contagiados por su vitalidad y convencidos de que queríamos jugar la aventura hacia lo formal, lo invitamos a compartir la escritura de una novela colectiva que fracasó porque la estructura no nos interesó: Joaquín-Armando Chacón, Rafael Ramírez Heredia, Marco Aurelio Carballo, Guillermo Samperio, Aline Pettersson, David Martín del Campo, Hernán Lara Zavala, Gerardo de la Torre, María Luisa Puga —que se retiró del

proyecto por la distancia— y Bernardo Ruiz. Estábamos en esa novela más urgidos de contar, contar y contar que en detenernos en el cómo que nos pedía Leñero, hasta el grado de que la lista de personajes parecía la nómina del Seguro Social y las historias se multiplicaban como los panes y el vino del Evangelio, pero en un caos ingobernable. Vicente había escrito el primer capítulo de *El hombre equivocado*, nos había puesto la muestra, impecable, redondita. En unas páginas presentaba a Sofía Platin, en la que creímos de inmediato, la que nos había entusiasmado, pero quien se nos fue de las manos. Nos emborrachábamos en las comidas y le jurábamos fidelidad a la Platin, pero perdimos el control. Adiós Sofía Platin, la asesinamos acabada de nacer.

Sin embargo, los encuentros en Morelia y la escritura de *El hombre equivocado* nos regalaron, indiscutiblemente, a Leñero. A mi generación, que no era generación porque habíamos empezado aislados, leyendo cada quien a solas, solisísimos, a los que publicaban en ese momento: lo mismo a Juan José Arreola, Juan Rulfo y Elena Garro, que a Vicente Leñero, Juan García Ponce, Fernando del Paso, Salvador Elizondo, Luisa Josefina Hernández, La China Mendoza o José Agustín —casi nuestro hermano—. No éramos grupo, no teníamos grupo, no nos preocupaba amafiarnos, tampoco juntarnos ni publicar en una revista sino trabajar. Es más, ni siquiera nos conocíamos bien y tampoco nos urgía romper con nadie ni estar bajo el ala de nadie sino aprender a escribir. Y por eso seguíamos aislados, sueltos como escritores sin mecate que siempre fuimos, distantes de una figura que nos congregara; y Vicente, sin proponérselo, nos reunió. Y descubrimos en el colmo de su generosidad, que nos había leído —quizá como lector-consejero de don Joaquín Díez-Canedo, el editor de muchos de nosotros—, y agradeceríamos que nos leyera luego del viaje a Morelia como debió de haberlo leído a él mismo el Arreola del *Confabulario*, el Arreola que contagió a la generación de Vicente la pasión por la literatura.

Durante el desarrollo de *El hombre equivocado*, en las comidas de La Bodega, lo fuimos conociendo mejor: era un apasionado del juego, de lo que hay de atracción y angustia en el juego: de allí *Los perdedores*. No como don Edmundo Valadés que dejaba sus quincenas en el hipódromo. No. Era, podía ser, un jugador de cartas empedernido, pero se controlaba: sólo los viernes por la noche, en *Proceso*, hasta la madrugada, el dominó, mientras “¿Dónde están las fotos?” o quedaban listos la cabeza, la nota o el reportaje que había encargado o las páginas formadas; o acaso ajedrez, el combate, la dialéctica del ajedrez; y de vez en cuando con el equipo de *Proceso*, el béisbol en el Parque del Seguro Social, donde empuñaba un bat recordando a peloteros como El Mamerto Dandridge, Lázaro Salazar, La Coyota Ríos,

El Guajiro Roberto Ortiz que tanto nombraban él y Gerardo de la Torre.

A las comidas se fueron agregando otros escritores y hasta gente de otros medios y del cine como Marco Julio Linares y Pedro Armendáriz; pero como Leñero era celoso de sus amigos y no le gusta mezclarlos (“Los periodistas con los periodistas, los escritores con los escritores, los dramaturgos con los dramaturgos, los del cine con los del cine, los ingenieros con los ingenieros...”), dejó de ir. Se acabaron las comidas. También eso le aprendimos: la amistad, sí; pero la independencia, mejor.

El de las obras memorables, como dijo Víctor Hugo Rascón Banda; el Narrador —nada más oye sus registros, su tono—, como opina Hernán Lara Zavala; el íntegro, como piensa Ignacio Solares; el solidario —“en *Proceso*, hasta que Scherer se retire, ni un día más”—, el fiel a sí mismo, el honrado, el terco por la forma, hizo una carrera *sui generis* porque tenía una personalidad poco común entre los escritores mexicanos: compartió su inicio en la ingeniería con Ibargüengoitia, Zaid, Krauze y Lara Zavala; pero a diferencia de ellos, la utilizó en la elaboración cuidadosa de los cimientos literarios de su narrativa y de su teatro.

Participó del catolicismo de Mutis, Xirau, Hiriart, Solares y Sicilia; y fue cristiano —hizo sus primeros intentos periodísticos en la revista *Señal*— hasta entregarnos en *El Evangelio de Lucas Gavilán* y en su versión para teatro, *Jesucristo Gómez*, el evangelio actualizado, su espíritu religioso y su intención política, planteándose estos temas y el de la libertad más como un problema literario que moral. Este asunto aparecerá en *Los albañiles* —con sus implicaciones simbólicas, teológicas, con su preocupación por dar con el manejo del tiempo y el aparatoso punto de vista que lleva al lector a preguntarse en el nivel detectivesco no nada más quién fue él sino si en verdad el asesinato sucedió o sólo fue producto de la imaginación de Munguía—, y de una manera o de otra en el resto de su trabajo.

Como admirador de los escritores policiacos y detectivescos, incluye este asunto en la lista de obsesiones que consigna en su trabajo, como su empeño en escribir ficción sin ficción, en donde reina su inquietud periodística y reporteril, y su insistencia en contar la realidad en toda su violencia, su crudeza, su brutalidad.

Poco dado a los textos autobiográficos, excepto en escasos relatos como “El próximo septiembre”, publicado en 1963 y recogido en 1986 en *Puros cuentos*, donde relata la enfermedad de su padre, don Vicente, nada sabemos de Leñero hasta la autobiografía que le pide Giménez Siles en 1967, cuando tiene 33 años y ya ha publicado *La polvareda y otros cuentos* (1959), *La voz adolorida* (1961), *Los albañiles* (1964), *Estudio Q* (1965) y *El garabato* (1967). Sin embargo, en ella no retoma ni su infancia ni su adolescencia ni tampoco el dilema en



Vicente Leñero

que debió debatirse durante la carrera de ingeniería cuando la vocación de escritor lo llevaba a la Septién García. Se detiene más que nada en destacar los efectos literarios tras los que había ido en su escritura —y seguiría yendo—: desde recursos gráficos como presentar un borrador como original y poner palabras que de manifiesto quedaran tachadas en el texto publicado, o como la escritura de una novela con dos versiones dentro de otra novela a la manera de *La gota de agua*, o como la escritura de una novela dentro de una novela dentro de una novela como en *El garabato*. Se detiene también en los juegos que lo acompañaran desde entonces: los gramaticales y los experimentales que evolucionaran con variantes en su incansable búsqueda de formas; sobre todo, el mecanismo circular, que para él representa algo más que un simple recurso porque es una fascinación aprendida en la infancia. En el recuerdo, Vicente evoca en la autobiografía a su hermana Celia que cuenta en el patio mientras los hermanos hacen tortitas de lodo que secan al sol: “Estos eran trece ladrones senta-

dos en trece grandes picachos de piedra fumando trece grandes pipas...”. “Ya no, papá”, le diría su hija Estela, “ya no, papá, otro”; pero Leñero insistirá dándole la vuelta al problema, muchos años más tarde, en el *Juanito Repetido* publicado por Edilín con ilustraciones de Efrén: “Cuando el profesor regresó al salón de clase Juanito Repetido giró la cabeza...”, o en *El cordoncito* (“Ve a buscar fortuna —dijo doña Paquita a su hijo Paquito...—”), publicado por CIDCLI en 1988. Sin embargo, nuestros hijos se sentirán atrapados por esa diversión, y los lectores de sus novelas nos preguntaremos cómo le hace Leñero para hacer la estructura cada vez distinta: redonda, en espiral, un círculo que contiene otro y otro y otro, o como en su dramaturgia: varios planos simultáneos a la manera de *Nadie sabe nada* o *La noche de Hernán Cortés*.

Leñero volverá a ocultarse otra vez, cuando en 1992 publica otra autobiografía: *Vicente Leñero de cuerpo entero*, para Difusión Cultural de la UNAM y Ediciones Corunda. Vicente prefiere hablar sobre “Algunas escenas en la vida de un escritor” y recoge su inicio, cuando ganó el primero y segundo lugares en el primer concurso de cuento universitario; una reflexión sobre *Los albañiles* y su experiencia con Carmen Balcells, la agente española.

Dentro de su narrativa, sólo en *La gota de agua*, novela publicada por Plaza y Janés en 1984, Leñero se acerca un poco más a sí mismo, pero su verdadera intención es construir un orden distinto, hacer una “novela

sin ficción”, tomando la realidad, como ya dije, forzándola para documentar y divertirse por la falta de agua que padece la Ciudad de México.

Leñero está en su trabajo, en todo su trabajo, sólo hay que leerlo con cuidado para encontrarlo allí dándole vueltas al conflicto interior del hombre, a sus conflictos; a las pasiones del hombre, sus pasiones; pero al que quiera verlo de inmediato, no le costará trabajo dar con él, si se acerca a libros como *Vivir del teatro*, *Talacha periodística*, *Cajón de sastre* o *Lotería*. Allí, pintando a otros, hablando de sus experiencias y de las de otros, homenajando a otros, así de malicioso o bueno como es, así de curioso y explorador como es, se perfila, dibuja sus intereses, lecturas, debilidades; y uno encuentra a un escritor fiel a una carrera que le ha ido hiriendo el corazón y fortaleciéndole el alma. A un hombre que cree en la palabra y la búsqueda constante.

Es difícil leer a Leñero, la prosa exacta, estricta, rotunda, las construcciones geométricas, los temas recurrentes, los dilemas psicológicos y morales, la personalidad intensa, la vehemencia en el trabajo... y no darle las gracias. Es difícil no admirarlo por su obra y respetarlo por su integridad. Si para la literatura mexicana Leñero —tan completo, tan complejo— es esencial, para nuestra generación, sobre todo, fue detonador: no entenderíamos una parte de nuestro propio proceso sin él, sin sus libros, sin sus obras de teatro, sin su periodismo, sin su amistad.

© Javier Narváez

